

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

SR. D. LUIS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Cónsul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Paternidad, Hispanófilo.—*Las enseñanzas de los «films» de la vida, Dr. Joaquín Hurtado Núñez.*—*El paso al otoño, Gopla.*—*De una cartilla sanitaria: El Niño, doctores Gaona y Gómez Plana.*—*La herencia alcohólica en los niños, Gumersindo Sánchez Guisande.*—*Niños y niñas, L. S.*—*La risa y la alegría: Su papel en la educación, Nicolay.*—*Medicina legal, J. S. B.*—*Ingenuidad infantil, (De El Nervión.)*—*Nota bibliográfica, Heraclio.*—*Refranero pedagógico hispano-americano (Continuación): R. B. y S.*—*Varia.*

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año I. Cádiz: Septiembre 1921 N.º 6

EL NIÑO
REVISTA MÉDICO-SOCIAL
DIRECTOR
DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA
PUBLICACIÓN MENSUAL

Año I

Cádiz: Septiembre 1921

Núm. 6



Niña de 12 meses.

PATERNIDAD

Para EL NIÑO

Padres, no aflijáis a vuestros hijos.

SAN PABLO

*No se es padre porque se haya dado la vida:
se es padre cuando se ha merecido este título.*

DOSTOYEYSKY

Uno de los primeros actos realizados por el actual Presidente de Francia, fué el de enviar un Mensaje a las Cámaras, pidiéndoles que defiendan a la familia contra las fuerzas disolventes que la asaltan por todos lados, y que, al llegar a destruirla, acabarían también con la civilización y la cultura que han logrado crear los hombres en una penosa lucha milenaria.

De este derrumbe de toda autoridad que estamos presenciando, es menester salvar la autoridad paterna, base de toda asociación humana. El desbarajuste social de esta hora, no es sino la resultante de la anarquía en las familias. La idea de Patria, la noción del deber, la abnegación, el deseo de trabajar, las virtudes y las cualidades indispensables para diferenciar a los hombres de los lobos, se inculcan en el hogar, y sólo en él.

Ya Dostoyevsky, en ese libro que tantas controversias ha traído, *Los Hermanos Karamazov*, nos enseña el cuadro de una de esas familias que han conducido a Rusia a la actual situación. Ese Fedor Karamazov, ese padre que no supo inspirar sino odio a sus hijos; ese Mitia Karamazov, que acusado de parricidio grita, en pleno Jurado: ¡Hipócritas! ¿Cuál de vosotros no ha deseado la muerte de su padre?; ese Ilutchka, el desventurado niño que profesaba culto idolátrico a su padre, un indigno borracho, todo en las páginas emocionantes de ese libro de padres abominables y niños buenos, fatalmente destinados a ser como aquéllos, es un caso de conciencia presentado a los hombres que poseemos la peligrosa dicha de tener hijos.

¿Quién conoce ya el arte de ser padre? ¿Quién sabe ejercer este sacerdocio de la paternidad, el más sublime y el más hermoso? ¿Quién mira hoy con el hondo respeto y el temor necesarios, ese misterio indescifrable de nuestros hijos, esta prolongación de nuestro yo, esta verdadera inmortalidad, que hace surgir a nuestro alrededor las cabecitas encargadas de repetir nuestra vida?

Y no es que consideremos como un ideal el del padre chapado a la antigua, siempre severo, y cuya única aspiración es la de hacer temblar a la prole con su presencia; ni menos todavía el padre moderno que ha olvidado todos sus deberes y abdicado de sus derechos en los impúberes bolcheviques, que toman por asalto la fortaleza familiar y mandan allí como amos y señores, sin ley ni freno, en una forma que envidiaría el más avanzado.

Nó: la ley del padre ha de ser ante todo una ley de amor. Consejero y amigo, que sepa de todas las ternuras, de todos los sacrificios, de todos los esfuerzos; que sea un apóstol y se olvide de sí mismo, para fundirse en sus hijos.

«No aflijáis a vuestros hijos». Esta sentencia de San Pablo condensa toda la ciencia paternal. No afligirlos es, ante todo, darles buen ejemplo; no destruir la creencia que ellos tienen de que su padre es un semidiós, cerca del cual hallarán la suprema protección y la enseñanza definitiva. No afligirlos, es también saber comprender esas almas complicadas que salen a la luz; es ejercitar con ellos una paciencia clarividente; es no abrumarles con nuestras impertinencias, ni pretender que sean como nosotros; es no recortarles las alas; es saber guiarlos, ordenar sus buenos impulsos, reprimir los malos con una firme dulzura; es, en fin, aun en los momentos en que se impone la soberidad, tratarlos con amor, con benevolencia, de modo que nunca puedan ellos pensar que un padre es un enemigo.

No conocemos un crimen mayor que el de los padres que no procuran, por todos los medios a su alcance, cumplir con la misión de hacer de sus hijos hombres buenos, cada día mejores. Es un crimen de lesa humanidad. A las niñas, se ha dicho, debe educárselas, principalmente, para que sepan ser madres. Pero ésta no es sino la mitad de la tarea. Si a los niños se les educara para que supieran ser padres, la obra sería completa. Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los hombres no comprenden cuál debió ser su papel de padres, sino cuando tienen ante sus ojos el espectáculo desolador del hijo irremediamente perdido o del hijo inútil e ignorante.

La paternidad es un ministerio tan complejo como sutil, y en cuyo desempeño, al lado de las prosaicas faenas de la vida diaria, surge en ocasiones la tragedia.

En la prensa yanqui leemos dos casos recientes e inquietantes del ejercicio de la paternidad, que nos servirán para ilustrar estas cuartillas.

Vivía en Chicago, Franck Piano, padre de diez hijos, el mayor de los cuales, mozo de diez y ocho años, era su tormento, por la mala conducta que observaba. Durante un año, el padre hizo cuanto estuvo a su alcance para obtener la corrección del hijo. Viendo que todo era inútil, comenzó a pensar si haría bien en permitir que el muchacho continuara dando mal ejemplo a sus hermanos. Le mortificaba sobre todo, la idea de que llegaría un día en que su hijo podía ser sorprendido cometiendo una mala acción; y al fin, después de una última amonestación, el desgraciado padre disparó sobre su hijo tres tiros de revólver, que afortunadamente no le causaron heridas mortales. La policía encontró a Franck llorando sobre el cuerpo inanimado de su hijo. «Quise matarle, dijo, para salvar su alma y para evitar que la deshonra cayera sobre mi familia.» El muchacho, regenerado por la sangre derramada, se corrigió; y el padre, después de una audiencia sensacional, fué absuelto.

¿Procedió bien ese jefe de hogar? Todas las madres de Chicago protestaron contra el fallo absolutorio y dijeron que no. Muchos padres callaron. Pero, ¿quién podrá resolver este horrible problema, digno de un libro de Dostoyevsky? ¿Quién podrá tirar la primera piedra?

El otro caso también merece reflexión.

Los esposos Evans-Morgan, de Nueva York, excelentes personas, no llamaron al médico para cuidar de uno de sus hijos, que se hallaba enfermo, y resolvieron atenderlo ellos mismos. Sea por la gravedad de la enfermedad, o por la falta de asistencia médica, el niño murió; y entonces, uno de los vecinos denunció a los padres, como por responsables por descuido, de la muerte del niño. El Juez, a pesar de los buenos informes que sobre la conducta de los padres se le dieron, los condenó a treinta días de prisión y a cien dólares de multa por haber faltado al deber que tiene todo jefe de hogar de llamar a su médico tan pronto como uno de sus hijos enferme.

La paternidad no puede mirarse de manera frívola, como un incidente más o menos agradable. No: ella es un deber, el más alto, el más intenso que corresponde a los hombres sobre la tierra. Ante nuestros hijos, tenemos la obligación de meditar, de aprovechar todas las enseñanzas, toda la experiencia que nos han dado los años vividos para transmitírselas a ellos y evitar que ante la vida que comienzan, sean unos pobres seres, sordos y ciegos.

¡Cuántas desgracias, cuántos desengaños, ante los cuales ha naufragado muchas veces una juventud llena de promesas, se evitarían si los padres supieran ser los compañeros de sus hijos, y les enseñaran el camino!...

Proceden patrióticamente y realizan labor digna de las mayores alabanzas quienes abordan estos graves problemas. Bien comprenden que la crisis actual de la sociedad es, ante todo, una crisis de buenos padres de familia, de hombres de hogar que prediquen con el ejemplo, sepan sembrar la buena semilla en el cerebro de los niños, a fin de que mañana se recoja un fruto espléndido para ellos, para la Patria y para la humanidad entera.

HISPANÓFILO.

Las enseñanzas de los "films" de la vida

IV

Prosiguiendo nuestro plan de antemano trazado, vamos a proyectar hoy sobre EL NIÑO una película, que no por ser demasiado conocida de todos no deja de tener importancia su divulgación para la sociedad en general y para la eugenesia en particular, cuya proyección es la siguiente:

Película IV

Los hijos que por ser de nadie, debieran ser de todos

Siendo EL NIÑO una revista de Medicina social dedicada a velar por las vidas y la educación de esos seres que si en sus primeras edades necesitan la protección de todos, el día de mañana, al llegar a ser hombres, pueden, debido a su

talento, ser los verdaderos directores de la sociedad y la Patria, sea cualquiera su origen, me parece lógico y natural ocuparme de los niños que siendo hijos del vicio y habiéndolos abandonado aquéllos que, si bien les dieron el ser, no supieron o no quisieron cumplir con sus deberes de padres, fueron recogidos por los organismos oficiales de la caridad, para que ésta, al encargarse de ellos, hiciera lo que sus progenitores no tuvieron ni la conciencia ni el valor de hacer, resultando que cometieron un delito y acudieron a la caridad oficial para enmendar lo que en parte es irremediable, y a lo que estaban obligados en conciencia a purgar los verdaderos culpables, para que les sirviera de escarmiento y de castigo a su gran falta.

Me refiero a esos infantes que por ser la prueba fehaciente de la caída de sus madres en los brazos del vicio, éstas creen que se honran más echando el fruto de sus ilícitos amores en el torno de una Inclusa, que arrojando todas las consecuencias de lo que si bien hace pública su falta, ofrece como lenitivo de que la disculpan en parte, al criar, educar y defender al pedazo de su alma, fruto de sus entrañas, que las elevan a la categoría de madres, y en cambio, al abandonarlo, suman sobre su deshonor la falta de valor y de conciencia que supone el condenar a un hijo casi con seguridad a una muerte cierta, haciéndose culpables, por ende, de un delito de parricidio, aunque éste, por no probarse que fueran autoras materiales del hecho, no encuentre en el Código penal su castigo apropiado, pero que la conciencia y la sociedad deben considerarlo como delito, porque realmente lo es.

Yo, que como aficionado al estudio patológico y psicológico de los niños he visitado algunas Inclusas, puedo certificar de que en ellas sólo he visto, con muy ligeras variantes, el siguiente cuadro:

En una de las dependencias de un destartado y viejo edificio, en cuya puerta ostenta el título de Hospicio Provincial, una sala con poca luz, paredes oscuras, suelo de ladrillo, escasa ventilación, y por ende, insuficiente para el número de niños en ella albergados; unas cunitas de madera apolillada o de hierro oxidado y con desconchos en su pintura: con un colchoncito relleno de hojas de maíz, rara vez de crin; con sábanas, aunque limpias, remendadas y viejas, y muchas veces rotas, y como el resto de la ropa, apestando a orines.

La almohada, de crin, y sólo en algunas, de borra de lana.

De trecho en trecho de las cunas, una cama de persona para las amas o enfermeras encargadas del cuidado de aquellos desgraciados niños, con ropas poco más o menos idénticas a las de las cunas.

Respecto a los niños allí acogidos, he aquí la fotografía de los más:

La cabeza, enormemente grande en proporción a la estatura, y con una gran depresión de la gran fontanela bregmática. La frente, llena de arrugas. Los ojos, casi sin expresión ni brillo y muy hundidos en las órbitas. Los pómulos, salientes; los carrillos, excavados por la desaparición de la bola grasosa de Bichat; los labios, adelgazados; y la boca, lengua y cara interna de los carrillos, cubiertos de muguet (hollín). La barbilla, prominente y puntiaguda. En una palabra: la cara presenta una forma triangular, y los niños, más que aspecto de infantes, dá su cara la impresión, o de un vitjo en miniatura, o la de un tífi. (Facies volterriana).

En todo el cuerpo, el esqueleto se dibuja a través de la piel, de tal manera, que en ellos se pueden estudiar los detalles más insignificantes de su anatomía.

La grasa del vientre no existe, aunque éste es ancho y como de batracio.

Tanto los miembros superiores como los inferiores son delgados como pabillos de tambor, siendo las articulaciones grandes y prominentes.

La piel, azulada. Todos los ganglios infartados y algunos, en plena supuración.

En la piel del tronco son frecuentes los forúnculos, y en la de las regiones anal, perineal y de las caras internas de los muslos y en los talones, se observan eritemas (sarpullido) y úlceras.

La orina, es escasa; la sed, viva; el apetito, exagerado; y las deposiciones, frecuentes, diarreicas y de olor fétido.

El pulso es de 80 a 100 pulsaciones por minuto, y los movimientos respiratorios disminuídos en frecuencia y amplitud.

La talla de estos niños es menor que la que corresponde a su edad, y aún parece aquélla más corta, porque tienen los muslos flexionados sobre el vientre y las piernas sobre los muslos.

Contínuamente gritan con voz ronca, y lloran casi sin lágrimas, porque la secreción lagrimal está en ellos casi agotada.

Estas criaturas son hurañas, tristes; no se les ve sonreír, ni intentar ningún movimiento; dan la sensación de hambrientos, de cadáveres que se mueven y articulan sonidos.

Pero ¿cuál es la causa o causas a las que se deben este estado de los críos?

A mi modo de ver, tres; a saber: la herencia, la alimentación inadecuada y la falta de aire y sol; causas que estudiaré someramente.

Herencia.—Es preciso no olvidar que estos desgraciados, como fruto que son del vicio o de un amor ilícito, son hijos de sifilíticos, tuberculosos, neurasténicos, histéricos, alcohólicos, señoritos calaveras ¿bien?, criminales de sangre y robos, y prostitutas, y como tales, ya al comenzar a vivir presentan una tara perjudicial para su desarrollo fisiológico, lo que unido a que sus madres, para ocultar su deshonor, acuden a malos medios, o siguen entregadas al vicio, las que no tratan de provocarse el aborto criminal, causas todas que obran, por una parte, dificultando el desarrollo intrauterino del feto, y de otra, disminuyendo sus defensas naturales al nacer, y reunido todo ésto, da como resultado que el recién nacido ofrezca un terreno abonado para el desarrollo de todas las causas morbosas que contínuamente rodean al ser humano.

Alimentación inadecuada.—La alimentación en estos establecimientos deja mucho que desear, y muchas veces es inadecuada.

Me explicaré.

Los niños de las Inclusas son alimentados por lactancia mercenaria o con biberones.

Veamos uno y otro medio, como se lleva a la práctica generalmente.

Las amas de las Inclusas tienen una alimentación casi idéntica a los acogidos en los hospicios, que consiste, poco más o menos, en lo siguiente:

Por la mañana, a las siete, un desayuno consistente en un tazón de café—valga la frase—con leche y pan.

A las doce, una comida que consta: de un plato de sopa; otro de cocido, condimentado con garbanzos, berzas, patatas, un poco de tocino, ¿carne? y pan.

A las ocho, una comida formada por un guiso—raras veces de pescado—, las más de verduras, y una ensalada con su pan correspondiente.

Las amas de las Casas Cunas tienen que criar un par de niños, por término medio; asear a los dos críos a ellas encomendados, y lavar sus correspondientes ropas.

Por todos estos servicios cobran una mensualidad de *pesetas* 25, con descuentos, y ropa limpia exclusivamente.

Si a esto se añade el que, como las Inclusas, dependen de las Diputaciones provinciales, y estos organismos no andan generalmente en situación muy próspera, y por tanto, ni la comida es abundante, ni de calidad superior, ni los pagos están al corriente, sino bastante retrasados, se comprenderá fácilmente que las amas de las Casas Cunas están reclutadas en los desechos de las mujeres dedicadas a la lactancia mercenaria.

Y para demostrar este aserto, basta fijarse en lo siguiente:

Un ama de una casa particular se alimenta así:

A las siete de la mañana toma un desayuno, que consta: de una taza grande o vaso de café bueno con leche, un panecillo con manteca y un huevo.

A las doce, una comida formada por: un plato grande de sopa; otro abundante de cocido con berza, grasa, carne, jamón, tocino y chorizo; un principio de pescado, abundante, y otro de carne, también espléndido; postres variados; vino de mesa y una taza de café con leche; y pan, a satisfacción.

A las cuatro de la tarde, un vaso de café con leche y un huevo.

A las ocho de la noche, una cena, que la constituye: un huevo, un plato de pescado, otro de berza, vino, postres, pan en abundancia y café con leche.

A las once, un vaso de leche sola o con un huevo.

Su misión consiste exclusivamente en lactar a un solo niño, reglamentado por horas, asearlo y lavar y planchar las ropas del crío y las de su pertenencia.

Sale de paseo a pie y en carruaje, respira aire y sol puros, duerme en cómoda e higiénica cama, y tiene como retribución de *pesetas* 35 a 50 o más, por mes, pagadas al contado; ropa limpia, vestidos interiores y exteriores de casa y calle, y regalos, que próximamente son los siguientes, y cuando menos, de *pesetas* 5 cada uno:

El día del bautizo, los días del niño, el padre, la madre y el ama, y cuando echa algún diente o cumple años la criatura, y otro de *pesetas* 25, cuando menos, al terminar la lactancia.

No creo que demostrada suficientemente la enorme diferencia que existe entre el ama de una casa particular y la de una Inclusa, en trato y beneficios, ninguna opte por servir a esta última, salvo el caso de no haberse podido colocar en la primera.

Por esto no es de extrañar que las amas de las Casas Cunas son generalmente mujeres pálidas, anémicas, muchas sifilíticas y tuberculosas, enflaquecidas

y de mamas deficientes, que más que mujeres dedicadas a criar, parecen enfermas a las que hay que cuidar y medicinar; y como, por otra parte, nadie puede dar lo que no tiene, y ellas carecen de salud, mal podrán ofrecer ésta a los niños y nutrirlos suficientemente.

A falta de la lactancia mercenaria, los niños son alimentados con biberones de leche de vaca o cabra.

Este procedimiento ofrece, entre otros, los siguientes inconvenientes:

- 1.º La leche, raras veces es pura y abundante.
- 2.º Su cocimiento se hace en vasijas viejas y de dudosa limpieza.
- 3.º Los biberones no se reponen con la necesaria frecuencia; no se hierven bien, y por tanto, su limpieza deja mucho que desear.
- 4.º A veces, un sólo biberón sirve para varios niños.
- 5.º Siendo generalmente el personal al que está encomendado estos cuidados, escaso, los niños no pueden estar reglamentados en su alimentación por horas.

Por todo lo cual, no creo exagerado afirmar que la alimentación de los desgraciados niños encomendados a la caridad oficial, por no ser ni nutritiva, ni higiénica, ni suficiente para sus necesidades—nutrición y desarrollo—, deja mucho que desear, y por tanto, es inadecuada para ellos.

Falta de aire y de sol.—El aire puro y el sol son factores tan indispensables para la vida del niño como la alimentación.

Ya nos parece haber demostrado que los locales donde suelen albergarse los niños incluseros no tienen ni la ventilación suficiente, ni están bañados por el sol; y como, por otra parte, en pocas Casas Cunas existen galerías abrigadas de los vientos y bañadas por el *astro rey*, ni jardines para llevar a ellos a los niños durante algunas horas del día, ni personal encargado de llevar a la práctica este tan necesario medio higiénico, los *hijos de nadie* no pueden obtener los beneficios que el aire y el sol les reportaría a sus débiles organismos.

En estas condiciones, ¿de qué sirve que el personal facultativo de estos establecimientos, excediéndose en el cumplimiento de su deber, ponga sus conocimientos y su actividad para arrancar estas vidas a la muerte?

¿Para qué sirven el sacrificio y los cuidados asduos de las Hijas de San Vicente de Paul, encargadas de estos niños?

Ni unos ni otras pueden evitar que a pesar de su celo, el 70 por 100 de estos seres mueran durante el primer año de su vida, víctimas de su herencia y del medio insalubre en que habitan.

Y esto, amados lectores, no debe ni puede consentirse en el siglo XX.

Pero se me preguntará: ¿Cómo se evita?

A mi modesto juicio, del modo siguiente:

Delegando las Diputaciones provinciales estos cuidados a otra entidad más competente, ya que está plenamente demostrado que ellas no cuentan en la actualidad con medios suficientes para evitar que los niños abandonados por sus padres al nacer, y por tanto condenados a una muerte cierta, se les evite ésta siguiendo encomendados a ellas.

Esta otra entidad encargada de estos niños bien pudiera organizarse en cada capital de provincia con el título de «Casa del Niño».

La «Casa del Niño» se instalaría en un local *ad hoc* que reuniese condiciones higiénicas perfectas, con dormitorios con la cubrición de aire suficiente para el número de infantes allí alojados, con cocina modelo, lavaderos, patios, jardines, galerías cubiertas de las aguas y reservadas de los vientos, pero bañadas por el sol, y comedores para las amas.

En dichos establecimientos estarían los niños hasta cumplir los siete años.

Estos establecimientos deberían ser dirigidos por un Médico-director, y tener como personal un Médico internista y un cirujano, los tres especializados en enfermedades de la infancia, y el número de alumnos internos y enfermeras que se creyera conveniente, todos nombrados previa oposición, para mayor garantía, en cuanto a personal facultativo.

Las amas, seleccionadas por el personal facultativo, pero bien retribuidas.

El régimen interior del establecimiento debería estar bajo la vigilancia y el servicio de las Hijas de la Caridad.

Un Administrador con buen sueldo sería el encargado de dirigir la parte económica de la casa, el que llevaría los libros necesarios para en cualquier momento dar cuenta de su gestión administrativa.

Todo este personal estaría bajo las órdenes de un Patronato formado por el Gobernador civil de la provincia, como presidente; como vocales, el Alcalde, el Presidente de la Diputación, la autoridad eclesiástica y una o varias señoras de la buena sociedad y madres de familia; y como secretaria y tesorera, una señorita, y a ser posible, la directora o una profesora de la Escuela Normal de Maestras.

Para costear la «Casa del Niño» pudieran obtenerse los siguientes ingresos:

- 1.º Una cantidad anual fijada de antemano, de la Diputación provincial, el Ayuntamiento de la capital y los pueblos de la provincia, según su categoría.
- 2.º Una suscripción mensual, voluntaria, de las entidades oficiales y particulares y Centros de recreo de la capital y los pueblos, que no creo se negarían a satisfacer, dado el fin benéfico a que se destina.
- 3.º Otra ídem ídem de los vecinos de la capital y la provincia.
- 4.º Los donativos que se le hicieran en metálico, ropas, etc., etc.

Creada la «Casa del Niño», ella constituiría una buena clínica de Maternología, en donde podían aprender mucho las señoritas y señoras que acudieran a recibir tan provechosas enseñanzas, las que en cursos breves, y con arreglo a un programa, serían explicadas por los profesores médicos del establecimiento.

De este modo, *los hijos de nadie* serían de todos y se enseñarían a las mujeres a ser madres de familia y a amar a los niños.

No hay que olvidar que estos niños abandonados al nacer; bien cuidados y bien dirigidos, pueden ser el día de mañana el sostén más firme de la sociedad y la Patria.

Y ¿quién sabe si uno de estos incluseros será el genio designado por Dios para llevar a cabo la regeneración de nuestra amada España?

He aquí las enseñanzas que nos sugiere esta película.

DR. JOAQUÍN HURTADO NÚÑEZ

Medina Sidonia y agosto de 1921.

EL PASO AL OTOÑO

El carácter de constante movilidad, que es sello infantil, no excluye, sino que acompaña a su extrema impresionabilidad: según el capital de reserva, llamado resistencia, y según el estado de presente, que lo mismo puede ser morboso, que convaleciente, que de salud prolongada, la causa que actúa contra el niño, será de leves o graves consecuencias.

Ha de existir siempre una relación entre el agente agresivo y la respuesta del organismo que sufre la agresión.

Por eso conviene siempre la previsión; pero más aún en el cambio de estación; porque así como el niño, en su desarrollo, tiene periodos exóticos para desenvolverse en diferentes etapas, así en el orden cósmico las estaciones actúan con gran intensidad sobre el niño, modificando sus funciones y provocando trastornos que pueden evitarse tomando a tiempo las debidas precauciones.

Es de conocimiento vulgar, que en el verano se suda mucho y se orina menos: a la inversa de lo que ocurre en el invierno: la piel funciona más, y el riñón menos: el calor hace afluir más sangre a la piel, estimula la secreción del sudor y compensa así con una mayor superficie de evaporación el exceso del rigor canicular, sirviendo al mismo tiempo de eliminación de desechos.

La superficie cutánea es más extensa de lo que parece a primera vista: en el recién nacido, es de 810 centímetros cuadrados, por kilogramo de peso; a los seis meses, 620; a los siete años, 450; y en el adulto, 320: hay relación armónica con el riñón y la superficie pulmonar.

Las tres superficies exhalantes, que también son absorbentes, mas la inmensa intestinal, establecen un equilibrio del que depende, con la correlación de los órganos internos, la salud; lo mismo del niño, que del adulto, que del viejo.

Sobre todo esto, las estaciones, con sus cambios atmosféricos de calor, presión, vientos, etc., en el mismo día, someten a bruscas impresiones, muchas veces perjudiciales, la frágil organización infantil.

Por eso, aun siendo conocidos, conviene repasar los consejos de profilaxis para la próxima estación otoñal: esto es tanto más importante, cuanto que de seguirlos, sirven también de preparación higiénica para la cruda estación del invierno.

En primer término, debe protegerse la piel: ¿cómo?: con baño, fricción y abrigo.

El baño no debe dejarse en ninguna estación del año, a condición de darlo bien: no precisa que sea diario, ni caliente, ni prolongado: una o dos veces en semana (salvo los niños muy pequeños, en los que debe ser diario), a 28 ó 32 grados, ocho o diez minutos, secando con esmero y con fuerza: cuando no pueda darse el baño, conviene, al levantarse, dar una fricción alcohólica o trementina.

nada a los niños endeble o catarrosos, por la espalda, pecho y piernas: desde luego también, siempre, después del baño.

El abrigo, nunca debe ser exagerado; lo bastante para proteger del rigor del frío y defender del cambio brusco imprevisto.

El alimento ha de ir en paulatino aumento, teniendo en cuenta que si bien la mayor pérdida de calórico por el cambio de estación obliga a reponer las pérdidas sufridas, en cambio han de estar en relación las pérdidas con los ingresos, contando con que éstos han de estar supeditados a las fuerzas digestivas.

El estómago, un tanto debilitado por los calores, las bebidas refrescantes y un menor trabajo estival, no puede de pronto soportar una sobreactividad para digerir grandes cantidades y de más difícil digestión: lo mismo puede decirse respecto al intestino delgado: debe pasarse de una alimentación preferentemente hidrocarbonada a la albuminoidea, para llegar en el invierno a los elementos grasos que respondan a las necesidades de reserva y más aún a las de las pérdidas de calor: las grasas son como depósitos de energía calorífica y base de sustitución para los proteidos.

Del ejercicio un tanto pasivo del baño y el paseo cómodo, hay que ir cambiando al muscular propiamente dicho: un ejercicio metódico, continuado, suave, progresivo, será el mejor defensor de la piel, que es la barrera más directamente atacada por las inclemencias atmosféricas.

Ejercicio gimnástico sueco familiar, que está hoy al alcance de todo el mundo, y que con seis o siete variaciones llena de momento las necesidades del día: se ensancha la cavidad torácica, se adquiere más agilidad y fuerza, consiguiendo de ese modo inhalar mayor cantidad de oxígeno y nitrógeno y consumir con ventaja el almacenado en los músculos.

Al ejercicio, sigue el descanso: esto es, un sueño reparador; el niño debe dormir mucho, no con el sueño semiletárgico de los niños débiles que algunas veces les resulta un alimento de ahorro por falta de gasto, sino el descanso tranquilo, profundo, en el que no quede más elemento activo, que el necesario para no morir.

La escuela empieza su tarea escolar y el niño debe ir a ella, con las precauciones propias del lugar donde va a ejercitar su inteligencia y donde por contactos puede adquirir serios padecimientos; aquí la inspección médico-escolar juega un papel insustituible, que desgraciadamente no se utiliza como debe y como por ley está mandado.

Donde no haya medios suficientes para poner en práctica todas las reglas higiénicas, cabe siempre la fricción estimulante, por la espalda y pecho, mañana y noche, y la vida al aire libre en cuanto lo permitan el estado atmosférico y las ocupaciones paternas.

Evitando la intensidad y la brusquedad en el cambio, se hace sin inconvenientes y evitando muchas enfermedades, el paso a la estación otoñal, y también para el invierno, siguiendo el bosquejo hecho en las indicaciones anteriores.

Lo vulgar y conocido, no quita a la utilidad, enseñanzas y aplicación.

DE UNA CARTILLA SANITARIA

EL NIÑO

67. Toda madre no enferma, debe criar a su hijo.
68. Entre una madre de medianas condiciones de lactancia y un ama de cría buena, es preferible la primera.
69. Debe acostumbrarse a un buen régimen al niño, desde su nacimiento.
70. La habitación del niño debe ser clara y bien ventilada.
71. En la habitación debe haber pocos muebles.
72. No deben estar los niños en las camas de los padres, sino en su cuna o cama.
73. No deben estar los niños junto a la pared.
74. Debe circular bien el aire en la cuna.
75. Debe evitarse a todo trance el enfriamiento de los niños.
76. No deben cargarse demasiado de ropa.
77. No debe haber flores en la habitación de los niños, ni olores penetrantes.
78. La habitación debe estar moderadamente templada.
79. La luz de noche no debe ser excesiva.
80. La luz de noche no debe ser de gas, ni petróleo; de aceite, pequeña, de bujía o eléctrica, mitigada en color amarillo o verde oscuro.
81. No deben acostumbrarse a mecerse ni a estar en brazos.
82. Deben bañarse todos los días con agua tibia.
83. Limpieza esmerada frecuente y secar siempre bien, sobre todo en los brazos, ingles, rodillas, cuello y cabeza.
84. Preservarlos de una luz viva y ruidos fuertes.
85. Vestirlos, dejando libertad en los movimientos, respiración y vientre.
86. Proteger la cabeza, sobre todo en invierno.
87. La almohada y colchón deben ser de crin; secar bien al sol las humedades y renovar con frecuencia el crin vegetal.
88. Tener abundancia de ropa de muda.
89. Vigilar extraordinariamente la menor molestia de los ojos.
90. El más leve enrojecimiento o la más insignificante destilación mucosa debe participarse al médico, llevando al niño.
91. Debe pesarse al niño desde que nace y anotar cuidadosamente el peso y la fecha.
92. Cuando el niño disminuye de peso, consultar con el médico.

93. Debe medirse al niño la cabeza, el pecho y la estatura, bajo la inspección del médico.

94. El peso, cada ocho días, y la medida cada mes.

95. La curación llamada del cordón debe hacerse con absoluta limpieza de manos, utensilios y piel del niño.

96. Los desarreglos de vientre, descuidados, traen graves consecuencias.

97. No deben acostumbrarse los niños a la pipa, al chupón de bizcocho ni a la tetina.

98. El no cuidar las grietas del pezón desde su principio, ha inutilizado muchos pechos, estorbado muchas lactancias y traído malas consecuencias para la madre.

99. Adaptar lateralmente la posición del niño para mamar, como esté más cómodo y respire mejor.

100. Los malos consejos en materia de alimentación infantil, han causado y causan más estragos que el cólera morbo, el tifus y la tuberculosis, por lo que debe estarse estrictamente sujeto a los preceptos y consejos del médico.

101. En los siete primeros meses no debe tomarse más alimento que el pecho de la madre o nodriza, salvo casos especiales guiados por el médico.

102. Debe regularizarse la alimentación desde el primer día.

103. No debe darse el pecho hasta que no se haya digerido el último alimento y haya descansado el estómago de su trabajo digestivo.

104. En los primeros meses los intervalos son de hora y media a dos horas; después, cada tres o cuatro.

105. Deben dejarse dos intervalos largos dedicados exclusivamente al sueño del niño y de la madre; las mejores horas son de doce a cinco del día y las mismas horas por la noche.

106. Debe darse el pecho en sitio tranquilo y huir de impresiones bruscas fuertes, que instantáneamente alteran la leche, pudiendo ocasionar hasta la muerte del niño.

107. Cuando se emplee el biberón, todo el cuidado, esmero, limpieza, desinfección y método, es poco.

108. Si la calidad de la leche de vaca, cabra o condensada (por ese orden) es buena y el régimen se lleva con pulcritud, suelen hacerse lactancias excelentes, sin trastornos.

109. El empleo del biberón mal dirigido, es mortífero en la inmensa mayoría de los casos.

110. Niño que orina poco, aunque no se noten otros síntomas, es niño enfermo.

111. No suele haber trastornos de los llamados de dentición, cuando los niños son normalmente bien constituidos, sin antecedentes discrásicos, y se sigue con ellos un régimen adecuado.

112. Al empezar las papillas de sémola, arrow-rrout, tapioca, etc., se va dando cada vez menos pecho o biberón.

113. El mismo esmero debe haber para las papillas, en la calidad de las harinas, en los intervalos de la alimentación, en la limpieza de los utensilios y manos y en la cantidad.

114. El destete, del año al año y medio: debe ser paulatino y sustituyendo la leche.

115. Debe pasearse a los niños al aire libre, siempre que se pueda.

116. Conviene acostumar a los niños a que dejen verse la garganta, como vigilancia para conocer a tiempo la difteria, etc.

117. Los niños débiles deben ser vistos de vez en cuando por el médico.

118. La madre debe cuidar con esmero su alimentación mientras lacta y huir de alimentos pesados y bebidas alcohólicas, salvo prescripción.

119. Es preferible leche materna y biberón, a biberón sólo.

120. En los primeros meses debe dormirse mucho.

121. Debe vacunarse desde el primero o segundo mes, tantas veces como sea preciso para asegurar la inmunidad.

122. Los padecimientos durante el periodo de la dentición exigen especial cuidado, por la susceptibilidad morbosa del niño.

123. Es una pésima costumbre dar el pecho al niño siempre, sólo por el hecho de llorar; conviene buscar primero la causa del llanto, que muchas veces es insignificante y fácil de remediar: posición, humedad, frío, pulgas, flatulencia, etc.

124. Los padres deben evitar el juego de sus hijos en la vía pública.

125. Los niños que padecen afecciones contagiosas o infecto-contagiosas, no deben hacer uso de juguetes que puedan transmitir su padecimiento indirectamente, a menos que se esterilicen después.

126. Los niños deben acostumbrarse a levantarse temprano y acostarse al anochecer: los paseos nocturnos en los niños originan con mucha frecuencia afecciones del aparato respiratorio.

127. El régimen alimenticio con arreglo a cada edad, debe consultarse con el médico.

128. Los niños no deben ser sometidos a trabajos impropios de su edad, que en vez de favorecer su desarrollo, puede estropearlo y perjudicar su salud.

129. La vida al aire libre es uno de los principales factores de la salud.

130. La gimnasia moderada de salón, conviene desde pequeño.

131. Los juegos bien entendidos de los niños, son manantial de salud y aun de instrucción, si se dirigen por persona competente.

132. Desde los cinco o seis años, los baños de mar y la natación fortalecen extraordinariamente.

133. No conviene acostumar a los niños a muchos medicamentos.

134. Un régimen sencillo y natural bien dirigido, es lo mejor, con arreglo a lo anteriormente indicado.

135. Conviene tener siempre calientes los pies; la mejor estufa, es el ejercicio si no hay catarro fuerte.

136. Niño triste, debe ser muy vigilado.

137. Después de los golpes o caídas, principalmente de cabeza, debe en general purgarse al niño.

219. Finalmente, el aseo, la luz, el aire libre, el trabajo, la fácil elimina-

ción de desechos, las precauciones propias con arreglo a la ocupación que se tenga, la distracción, el descanso, la religiosidad bien entendida y practicada, mirando al prójimo como hermano, sintetiza, utilizando normalmente todas las facultades que Dios ha dado, lo que conviene recomendar por los consejos y preceptos anteriormente señalados.

DOCTORES GAONA Y GÓMEZ PLANA,
De la Unión Médica Gaditana.

La herencia alcohólica en los niños

por Gumersindo Sánchez Guisande

(de la Facultad de Medicina)

Especialista en las enfermedades de la infancia.

Es cuestión muy debatida, pero no lo bastante todavía, la que se refiere a patentizar los inconvenientes del uso del alcohol.

Se sabe (siendo ya del dominio vulgar) que el individuo alcoholizado sufre con frecuencia, determinadas enfermedades y el final de su vida es casi siempre el mismo. En los labios de la sociedad, aparece casi siempre una frase de censura para esos desgraciados, pero acaso ignore muchos de los peligros que tras de sí lleva tal intoxicación.

Concretándonos a nuestro campo de acción, ocúrrenos tratar el tema de la herencia alcohólica.

Los griegos y los romanos sospechaban ya los inconvenientes del alcohol, y por eso prohibían su uso a las mujeres embarazadas.

Desgraciadamente pululan por nuestras calles muchos niños que llevan impreso el triste sello de uno o ambos de sus progenitores. Gracias a los interesantes trabajos de Morel, conócese la influencia nefasta de heredo-alcoholismo; ya por el alcoholismo crónico de sus padres antes de la concepción, ya por el estado de embriaguez de uno de sus progenitores en el momento de la concepción ya por el alcoholismo de la madre durante la gestación.

Esta transmisión del alcoholismo, efectuada en las distintas circunstancias que acabamos de indicar (Variot), influyen enormemente sobre la morti-natalidad infantil, hasta el punto de que entre 120 mujeres alcohólicas que han tenido un total de 600 hijos, 335 han nacido muertos o fallecieron antes de los dos años (Sullivan). Recordaremos también, a este respecto, un interesante trabajo del Doctor D. F. Xercavins (1), en donde cita un caso del Dr. Martí Julia, referente a un matrimonio que, después de un día de expansión y también de algarazas y vino, dió un nuevo ser, resultando el único imbécil de la casa entre varios sanos.

Parece ser, que la influencia del alcoholismo es todavía más perniciosa en la madre, que en el padre: el niño nace destinado a vivir rodeado de múltiples

(1) Las afecciones morales en las enfermedades de las vísceras, nerviosas y mentales.—Therapia número XLVII. Barcelona.

peligros que constantemente acechan y ponen en peligro vida; no ya por el grado de debilidad que posee el nuevo ser, sino por los trastornos físicos o psíquicos que le imposibilitarían en plazo más o menos lejano para desenvolverse entre sus semejantes.

Muchas deformidades como la hidrocefalia, anencefalia y porencefalia que abundan como secuela sifilítica, reconocen, una buena parte de ellas, un origen alcohólico.

Otras veces, esos niños, hijos de padres alcohólicos, llegan a la edad escolar y constituyen la desesperación del maestro por la imposibilidad en que se encuentran aquéllos de aprender aún lo más sencillo. Se culpa generalmente al maestro de despreocupado e indiferente, porque el niño no aprende, y es seguramente por existir alguna anomalía mental que le impide seriamente el deseado progreso. Trátase de un niño retrasado, debiendo buscarse muchas veces la causa de este retraso en el alcoholismo de sus progenitores. Mas si las cosas se detuviesen en este punto, aun podrían tener relativo remedio. Pero lo verdaderamente doloroso para la sociedad y para la familia, es que en los niños heredo-alcohólicos, los trastornos psíquicos, raros durante el primer año, se acentúan poco a poco hasta constituirse en verdaderos enfermos mentales con ideas persecutorias, tendencia al suicidio, etc., etc.

Poco importa que a la mujer embarazada se le prohíba el uso de bebidas alcohólicas, si el padre del nuevo ser persiste en su inveterado vicio, haciendo caso omiso de los sabios consejos de la higiene. Y es que la sociedad no suele secundar como debiera, lo establecido por la ciencia, que vela siempre por la conservación y el perfeccionamiento de la raza. La eugénica podrá proporcionar, sin duda, incalculables beneficios.

NIÑOS Y NIÑERAS

La Junta de Protección a la Infancia, de Madrid, ha tomado el acuerdo de crear cuatro becas, que costeará el Gobierno civil, para la Escuela de niñeras que establecerá aquella Junta a fin de educar el personal adecuado para los cuidados y atenciones de los niños lactantes.

Es de esperar que, tratándose de un acuerdo tomado por una entidad encargada de velar por el bienestar de la infancia, la interesante iniciativa se enderece acertadamente. Ello es necesario para remediar inconvenientes y descuidos muy generalizados, y también para interesar seriamente a la mujer en los cuidados que los niños requieren.

Aun que ello parezca exagerado, es, en efecto, evidente que la madre española procede casi siempre instintivamente en la crianza de sus hijos. Cuando la

salud de éstos, la herencia y una alimentación suficiente son favorables, el niño avanza en su crecimiento sin dificultad ni complicaciones graves. En los demás casos, o siempre que se presenta el problema de una crianza difícil, la madre vacila, tantea y procede muchas veces con ignorancia lamentable.

No suele ser mayor la preparación de muchas niñeras, vestidas fastuosamente o según la moda extranjera, a quienes las familias acomodadas fían, con censurable ligereza, el cuidado de sus hijos. Eduardo Marquina, ocupándose recientemente de este mismo asunto, nos presenta la silueta física y moral de la niñera inteligente y preparada: la «nurse» inglesa: «viste trajecito sobrio, azul marino o gris ceniza; bajo la toca, del mismo color, el reborde de la cofia, que aprisiona el pelo, es blanco, lavable; el cuello, los puños, el delantal, los guantes de hilo, también blancos. A primera vista, revela un prurito avisado de higiene, de antiseptis, de inmunidad procurada a toda costa.»

Y añade Marquina: «Corresponden a la «nurse» la instalación y régimen del niño en los medios naturales: la luz, el agua, el calor, el frío; mide su intensidad, gradúa los tránsitos. Tendrá rudimentos de Fisiología y Medicina infantil. Conocerá el termómetro. Con aire y sol corregirá las deficiencias de orientación del cuarto del niño, o doblará sus ventajas. El sueño, el baño, la comida, el paseo, los juegos, resumen sus obligaciones. Físicamente, su objetivo es la salud; esa igualdad de humor de los niños que se manifiesta en la viveza limpia de la mirada, en una especie de alegría continua.»

El cuadro que ofrece Marquina representa un tipo de familia burguesa, adinerada y feliz. No es éste el caso general; antes nos interesa referirnos al caso general de familia obrera o de la clase media modesta que ha de cuidar directamente de los niños o entregarlos a la vigilancia de personas de mínimas aspiraciones. Tan mínimas que, ordinariamente, estas humildes servidoras de los niños suelen renunciar a tareas más lucrativas dentro del hogar—la cocina, la costura, etcétera,—por su falta de capacidad para dominar el aprendizaje correspondiente; y así, las madres no dudan en confiar sus hijos a quienes ellas mismas estiman incapaces de hacer otra cosa.

No extrañemos, pues, que estas improvisadas niñeras—tan improvisadas, que al llegar a la ciudad traen en sus manos desmañadas las honrosas señales del trabajo de los campos—cometen toda clase de desaciertos reñidos con las máximas puerícolas. No saben de ésta cosa alguna, ni su inteligencia rudimentaria es capaz de la necesaria previsión, ni traen de su casa y pueblo sino una experiencia y una práctica lamentables.

En este sentido se presta a risa, que la seriedad de las responsabilidades convierte en lástima y preocupación, considerar la inconsciente faclidad que muchas familias, llevadas de la costumbre, ponen al lanzar a la calle a sus hijos bajo la discutible protección de una buena muchacha ignorante, en ocasiones ruda y desafecta a los niños, cuya espontaneidad y sano afán de movimiento refrena implacablemente. «Nada es insignificante—insiste Marquina—y nada, por lo tanto, puede tolerarse que sea caprichoso en relación con la niñez. Un golpecito imperceptible en la gentil movilidad del niño llegará a ser, desenvolviéndose, desviación lamentable en la trayectoria de la Humanidad. El niño es

vértice de futuros. En esta cera, un soplo es grieta, a la larga; en esta carne de corazón, un alfilerazo produce sangre. Y la herida podrá cicatrizar; pero encallece.»

Esa Escuela de niñeras, cuya creación se proyecta, podrá ofrecer, si se la dirige adecuadamente, algo más que el resultado de la formación de unas cuantas personas diplomadas, porque le corresponderá dar la norma de lo que debe ser en la civilización actual el cuidado sano y consciente de los niños.

L. S.

(De *El Estudio del Niño.*)

La risa y la alegría: su papel en la educación

Puede decirse que *el niño que no ríe, no es un niño.*

En efecto; exceptuando los casos en que el padecimiento agobia, la juventud debe amar y reír.

Los caracteres sombríos y metidos en sí, tienen necesidad absoluta de distracción, por ser la tristeza un pródromo inquietante que es preciso vigilar con cuidado.

Es una anomalía que delata una enfermedad, sea física, sea moral.

* * *

Un niño que no ríe, no es ni expansivo ni confiado. Forzosamente es gruñón, impaciente y brusco; de suerte que la menor contrariedad o el más pequeño reproche, le pondrá malhumorado e intolerable.

Y como los regaños y las reprimendas—ya lo hemos dicho,—se contarán por centenares en el espacio de un mes; como el niño se verá contrariado a menudo por sus padres o por sus maestros, que buscan el interés del pequeñuelo, si éste no tiene un *gran caudal de alegría acumulada*, pasará una juventud muy triste: la cosa más nefasta que puede ocurrirle.

¿Es posible imaginarse un niño cariñoso que no ría jamás?...

En manera alguna; como no se concebiría un rostro de ángel, sin que expresara a la vez la amenidad de la inteligencia y la pureza del alma.

* * *

Según Mme. de Genlis, la risa vale con frecuencia más que los medicamentos.

Y como *factor* en la buena educación, es VERDADERAMENTE NECESARIO; nada puede reemplazarle.

Dilata el corazón, ensancha el espíritu, distiende el organismo, predispone a la flexibilidad del carácter y a la disciplina de los órganos.

La pasividad física, por el contrario, alienta la pasividad moral: «¡Ahí se está, tieso y quieto como un poste!», se exclama en un impulso de irritación, que acentúa aún más la actitud negativa del muchacho.

Estas palabras resumen nuestra tesis, y la prueban.

* * *

Cuando el niño, así reprendido, se aísla y se encierra en sí, se abandona a una mala compañía: tasca el freno, medita proyectos de venganza, y se prepara solapadamente para las represalias.

Una hora de mal humor le hace más daño, que bien le harían los buenos ejemplos de toda una semana.

* * *

Una objeción muy acreditada nos cierra el paso.

Comencemos por rebatirla.

«No es posible, se dice, cambiar el temperamento de los niños; unos son alegres, otros tristes; todo depende de los temperamentos».

La afirmación es exacta cuando se trata de individuos ya formados; para éstos, la reforma sería labor ingrata, si no irrealizable.

Pero en modo alguno podemos admitir que no haya manera de modificar muy profundamente los caracteres, si se acomete desde el principio este trabajo.

En esto estriba el verdadero secreto de la educación, y de aquí depende su gran eficacia: HAY QUE EMPEZAR A TIEMPO...

¿No es el hábito una segunda naturaleza?

Y si la continuidad de las influencias modifica al hombre y le transforma, con mucho más motivo esta acción es rápida y profunda cuando se ejerce sobre niños.

* * *

Para estimular la alegría, se observará qué es lo que tiene la propiedad de provocar más fácilmente la risa del niño.

Creer que se le distraerá con lo que a nosotros nos parece más alegre, es un error.

No todos aprecian las cosas de la misma manera, ni todos sienten de modo idéntico. Uno, se alegra viendo hacer una contorsión; otro, se regocija y expansiona por efecto de un pensamiento cómico.

Investiguemos, pues, ante todo, qué es lo que excita la risa; luego, una vez averiguado ésto, decidamos al niño a renovar la reflexión, el chiste, la inocente picardía que engendra su hilaridad, ayudándole, por mil medios ingeniosos, en esta fácil tarea.

* * *

Así, en vez de pretender distraerle con chuscadas de nuestra cosecha, *riámonos con las que él prefiere*; provoquémoslas, aparentemos dedicarlas gran interés; finjamos, si es preciso, que su idea nos parece encantadora y divertida como ninguna; y, no lo dudeis, el niño repetirá su inocente comedia para hacer reír: para mejor lograrlo, se reirá él también.

¡Es infalible!

Y por poco que se preste a este juego, la alegría comunicada se convertirá muy pronto en alegría adquirida.

* * *

Ciertas naturalezas son tan tristes interiormente, tan «rudas» en sus manifestaciones externas, que es muy conveniente suavizarlas, comenzando por avivar la actividad de los músculos.

La danza, largos paseos, saltos, carreras, son los mejores medios de preparación que se pueden recomendar, porque no debemos olvidarnos de que el hombre es un compuesto *binario*, de cuerpo y alma.

Un excelente procedimiento para dar aplicación a la actividad de los niños, consiste en *hacerse ayudar* por ellos en un trabajo útil... o de aparente utilidad. Nada les halaga tanto como esta colaboración, que les hace al mismo tiempo sentirse formales y dichosos.

Cuando un niño está absorbido por un disgusto o se muestra malhumorado, es también muy eficaz hacerle de improviso una pregunta referente a una cuestión que le interesa...

Cuanto más brusca y completa sea la transición, más eficacia tendrá para reanimar la alegría que se había adormecido.

* * *

El temperamento, observa el Dr. Belouino, influye mucho sobre la alegría.

De aquí que los niños *sanguíneos*, dotados de excesiva movilidad de impresiones y prontos a darse cuenta de los hechos, se entreguen fácilmente y sin reservas, a la alegría; pero no sienten sus efectos muy vivamente. En ellos, todo es superficial.

Los *biliosos*, sigue diciendo el autor del Tratado de las Pasiones, más desconfiados que los sanguíneos, más investigadores, y generalmente menos excitables, exigen, para regocijarse, razones más poderosas; su alegría es viva y duradera.

Los *nerviosos*, son exagerados en todas sus manifestaciones. Su alegría se desborda impetuosamente, lo mismo que su dolor. Los motivos más ligeros, los más extraños, los menos fundados, engendran la alegría caprichosa de los niños que tienen esta constitución.

¿Experimentan los *linfáticos* este sentimiento? Lo más general es que se lea difícilmente a través de la espesa envoltura que oculta su corazón; y si están satisfechos, es raro que la felicidad interior ilumine con resplandores vivos su impenetrable fisonomía.

Tienen satisfacciones, pero no verdaderas alegrías.

Los *melancólicos*, experimentan esta emoción cuando las circunstancias les fuerzan: es preciso que la alegría entre en su alma como por sorpresa. Parecen formados para vivir sumidos en la tristeza, como el buho en la obscuridad; y cuando son felices, se muestran siempre un tanto descontentos de sí mismos.

La alegría es en ellos un fenómeno insólito que no se manifiesta sino en raros momentos.

* * *

Tales son las apreciaciones de este doctor, que, bajo el punto de vista *médico*, hace la siguiente apología del sentimiento que nos ocupa:

«La alegría conserva la salud del niño, facilita la digestión, fortifica el cuerpo y le libra de la fatiga. Cuando el niño está alegre, se hace mejor la nutrición, los vasos están más llenos; bajo la excitación de una sangre rica, por efecto de una perfecta hematosiis y por una respiración potente, los exhalantes funcionan con libertad, y está comprobado que las absorciones son más ricas y más fáciles.

En estas condiciones, la sangre no se detiene en los grandes órganos, y las afecciones que en patología se denominan obstrucción y congestión, hacen menos presa en el organismo.»

Pero la alegría es, sobre todo, la *salud moral* del alma infantil: la mantiene en dulce serenidad y en bienhechora quietud.

Cuanto más dilatado por la alegría está el corazón, *más lugar queda para la bondad y la ternura.*

* * *

Un observador, que tal vez sea un filósofo, ha dado reglas que permiten, según él, reconocer el carácter de los niños por su *risa*.

Tantas risas como vocales:

«Los niños que ríen en A, son francos y traviesos.

«La risa en E, es propia de los melancólicos.

«La risa en I, es la habitual de las personas ingenuas, serviciales, tímidas, irresolutas: según el autor, es la risa de las rubias (?).

«La O; indica generosidad y atrevimiento.

«Evítad como la peste, añade, el trato de los que ríen en U; es el distintivo de los avaros y de los hipócritas.»

En las reglas precedentes hay sólo una parte de verdad, pero son curiosas a pesar de su exageración.

NICOLAY

MEDICINA LEGAL

Amaldi.—ETERISMO Y CRIMINALIDAD. (Eterismo e criminalità.)

«Archivio di antropologia criminale, psichiatria e medicina legale.»

Fasc. II. Roma, Marzo 1921.

Junto a la epidemia alcohólica existen, alternando con ella, algunas epidemias menores tóxicopsicopáticas: morfinomanía, cocainomanía, heroínomanía, y al lado de ellas se anuncia la presencia de una epidemia semejante, menos extendida, menos importante como amenaza social, pero de la misma importancia social: el eterismo.

A. se propone exponer un caso haciendo notar sus consecuencias médico-legales. Se trata de un capitán de Caballería, de treinta y un años de edad, con antecedentes psicopáticos pesados: abuelo paterno alcohólico, muerto de hemorragia cerebral; un tío paterno con una enfermedad nerviosa crónica; otro neuropática; un hermano dipsómano; otro psicasténico clásico; el padre, hombre raro, se separó de su mujer.

A los veinte años comenzó a inhalar eter, al principio con repugnancia, después atraído por la sensación de bienestar que experimentaba luego de ingerir las dosis, y llegó hasta consumir 100 gramos en veinticuatro horas. Durante sus

embriagueces necesitaba estar completamente solo, porque el menor rumor exterior le asustaba y transformaba sus fantasías, en impresiones terroríficas. Una noche, después de una larga inhalación etérea, salió improvisadamente de su cuarto e intentó precipitarse por la ventana, cosa que evitaron sus compañeros; al día siguiente estaba como entontecido.

El uso del éter le producía fenómenos de irritación gástrica e intestinal y frecuentes diarreas; le quitaba el apetito; le volvía somnoliento y extremadamente delgado. En tal estado, que él atribuía a caídas graves del caballo, comenzó a sentir debilidad de la memoria, sensación de desdoblamiento de la personalidad, impulsos raros que le obligan a irregularidades graves en el servicio militar. A veces, careciendo de éter, inhalaba agua de colonia, bencina, tabaco o cocaína. Ligeramente, alcohólico y fumador empedernido. Entonces dejó de tomar éter a causa del comienzo de las operaciones militares, en las que tuvo que tomar parte en las primeras líneas de combate en el Isonso y en el Tagliamento. Adquiere después una pneumonía durante la cual estuvo gravemente enfermo, y en el curso de la misma sufrió un larguísimo delirio que el enfermo no acertaba a describir.

La misma noche que fué dado de alta se le sorprendió realizando prácticas raras que él ha querido negar o restar importancia, afirmando que se trataba de un acto inconsciente motivado por su debilidad nerviosa y por el uso del éter.

En los primeros meses de 1919 sufría gravísimos trastornos, insomnio, postración, falta de memoria. Una noche llegó en el consumo de éter a la dosis máxima. Se le vió por las calles de la ciudad en una situación confusa, anormal, alterada; pero a la mañana siguiente estaba ya de nuevo lúcido y conservando de lo ocurrido la noche anterior una vaga impresión como de sueño. Aquel mismo día partió para otra ciudad de Italia, en donde sin ninguna habilidad intentó dos estafas contra dos comerciantes, diciéndose ante uno, agente de policía que había recibido una denuncia contra él y ante el otro afirmando que era un procurador que estaba encargado de ventilar contra él un importante negocio relacionado con una deuda no satisfecha.

Detenido, el interrogatorio que siguió inmediatamente al hecho, ha negado siempre la esencia de la denuncia. En todo momento ha negado lógicamente haberse presentado a los dos comerciantes bajo el aspecto de una falsa personalidad y haber intentado procurarse dinero a costa suya. Con bastante claridad recuerda circunstancias inmediatamente precedentes y simultáneas con aquellas conversaciones, pero, sin embargo, niega terminantemente los hechos que se le imputan.

Con motivo de este proceso fué sometido a observación pericial. Desde el punto de vista antropológico no ofrece ningún estigma degenerativo, sino es una ligera asimetría facial; las vísceras y la funciones de la vida vegetativa parecían sanas; sin embargo, el pulso era muy frecuente entre 100 y 115; las investigaciones neurológicas fueron igualmente negativas. Desde el punto de vista mental, tampoco los síntomas eran muy marcados; una pequeña disminución de la memoria de fijación; un estado afectivo tranquilo, sin grandes oscilaciones emotivas y unas facultades volitivas perfectamente bien conservadas.

A. intenta luego la interpretación médico legal de estos hechos. Reitera la

historia de la intoxicación, existiendo en los caracteres degenerativos de los accidentes; insiste luego en la sensación placentera que el enfermo experimentaba al inhalar el éter, que le hace despreciar todos los peligros y todos los citados incidentes, en los cuales ponía en entredicho hasta su honor militar, por lo cual piensa que se trata de un impulso morboso a la ingestión del éter, que puede llamarse eteromanía. Insiste después en los caracteres particulares de estas intoxicomanías, y sobre todo en la necesidad de ingerir nueva cantidad de tóxico como síntoma de la misma intoxicación; establece las diferencias que existen entre la intoxicación alcohólica con sus cuadros psicopáticos bien conocidos, y esta intoxicación etérea caracterizada esencialmente por una decadencia mental bastante grave, una disminución del nivel ético del individuo y la producción en el momento de la intoxicación crónica de estados delirantes pasajeros de embriaguez etérea de duración muy breve y de apariencia tumultuaria. Estas características explican bien todas las anomalías de la conducta del sujeto, y, en conjunto, el peritaje médico-legal dejó establecido que en el momento de cometer el delito *P.* no era irresponsable; sin embargo, debía atenuarse considerablemente su imputabilidad.—*J. S. B.*

A los efectos de la predisposición hereditaria en los niños, transcribimos la interesante reseña clínica que antecede.

INGENUIDAD INFANTIL

Hay una visita en casa de Julianito, y el muchacho interrumpe la conversación, para decir que siente la necesidad de hacer algo que no se puede escribir, La mamá, indignada, le dice:

—Ciertas cosas no debes nombrarlas nunca. Debes levantarte y buscar un pretexto. Por ejemplo: mamá, me voy a dar un paseo.

Algunos días después, en iguales circunstancias, Julianito se revuelve nerviosamente en su asiento; su rostro pasa por todos los colores y acaba por palidecer, delatando que ha ocurrido algo anormal.

—¿Qué te pasa?—dice la mamá.

—Nada... he dado... un paseo en los pantalones.

De El Nervión.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Se ha publicado por la casa Berthier un cuaderno con grabados, señalando 18 ejercicios de gimnasia sin aparatos.

Es realmente útil y conviene recomendarse: da la regla en forma clara y sencilla de una serie de ejercicios, con los que se adquiere agilidad, vigor, ensanchamiento del pecho, flexibilidad en las articulaciones y gallardía en las

actitudes; es, desde luego, para niños y niñas y anima a su ejecución la forma en que se presenta.

Consecuentes con nuestro propósito, no insertamos anuncios, pero hacemos en el texto la recomendación razonada de lo que sea útil y provechoso a la infancia, sin interés.

HERACLIO.

Refranero pedagógico hispano americano

(Continuación)

No nació el pollo por sí sólo.
 No me pesa que mi niño enfermó, sino de la mala maña que le quedó.
 No sabe A B C.
 No siempre es amar el otorgar.
 Nuestros padres a pulgadas, y nosotros a brazadas.
 Padre no tuviste, madre no temiste, diablo te hiciste.
 Para domar fieras, una madre.
 Para el muchacho, del pan y del palo.
 Peor es la moza de criar, que de casar.
 Quería mi hijo agudo, pero no reagudo.
 Quien a uno castiga, a ciento hostiga.
 Quien amonesta, ayuda y no denuesta.
 Quien bien aprende, bien se defiende.
 Quien bien oye, bien responde.
 Quien bien te quiere, te hará llorar.
 Quien te diga que nunca temió, diga que nunca se examinó.
 Quien en la jarra echa agua de golpe, más derrama que recoge.
 Quien ha de ser bachiller, ha de aprender.
 Quien habla, siembra, y quien oye, cosecha.

R. B. y S.

(De Año Pedagógico).

V A R I A

La mortalidad infantil acusa ligero descenso, con relación a años anteriores, salvo las localidades donde las diarreas estivales se han acompañado de fiebres eruptivas y paludismo.

Promete ser interesante la función teatral que en Chiclana se celebra a beneficio de la Cruz Roja: la producción literaria, altamente patriótica, será un triunfo.

La hoja decenal titulada EL ESTUDIO DEL NIÑO, que publica *El Nervión*, de Bilbao, es de gran interés e importancia y trae trabajos notables. Muy gustosos, establecemos el cambio.

